

## Pétalos renacidos

*Don Poal*

1

Ya almacena una buena cuenta de vejez con inevitables llapas de achaques; asimismo, una abrumadora carga de endeudamiento por la merma de su ingreso, provocada por la depredadora competencia china. Día tras día el rostro del veterano comerciante de productos lúdicos, repujaba arrugas del cansancio y desilusión. Suspiraba con tristeza, al saber que su tradicional negocio se debilitaba. «*Soy un David, que pelea con ese gigante mercado asiático*»; «*Mi oficio se extingue por la apática proliferación de los malls orientales*».

La otra cara de la moneda, estaba acuñaba por un mocoso de 12 años, al cual la invisible inercia de desigualdad social, lo empujaba sin clemencia al abismo del “*submundo callejero*”. En su intimidad sosiega cognitiva y cardiaca, amontonaba las prematuras estelas del insomnio juvenil. Un desvelo por una madre hospitalizada, de una rara enfermedad; un padre tras las rejas—que según su propio entendimiento—estaba enjaulado injustamente. Aquel escenario esgrimía dos bemoles de un pie forzado, para escribir una elegía familiar, donde la desgracia y la miseria serían sus protagonistas. «*Debo proteger a mis hermanos*». Era la frase lírica frecuente bisbiseada su pensamiento.

Ambos venderían mercancías al margen de la ley, asumiendo las consecuencias. “*La necesidad tiene cara de hereje*”, era una expresión útil, cual poncho que abriga, momentáneamente, una fría precariedad. Mientras que, “*El fin justifica los medios*”, un adecuado slogan, reivindicador, para retornar con facilidad, rapidez y provecho ese poco dinero invertido, esquivando un nefasto tributo medieval del municipio.

Posiblemente, en este gigante mundo, compuesto de sujetos y objetos, en algún intervalo de sus avatares cruzaron sus miradas. La falta de oportunidad los había conducido a investir un oficio particular, dedicando voluntad y tiempo, pero que además, requiere usurpar un paño, un espacio de la vía pública, regulado por cánones de territorialidad regulado por la ley de la calle. Bajo esa lid del más fuerte, día a día, levantan la invisible cortina de su negocio que ofrece un variado stock con mercancías a sus clientes (transeúntes) a precios seductores. Así, cada cual busca un sustento en su pequeño mercadillo, “del paño en suelo”, sin lujoso escaparate; pero que gracias a una innata viveza mercader, se benefician económicamente. Eran empresarios, sin título comercial, que mediante sus productos, cuya procedencia es un tema aparte, se dispersan en las zonas más calientes, bajo códigos urbanos se subyugan, formando parte del amplio complejo tejido de la sociedad.

Sin embargo, para mucha gente, esos pequeños e informales negocios callejeros, son insignificantes, o no llaman la atención. Sólo un ojo sensible, puede observar este fenómeno socio cultural, cuyas causas son variadas, pero notoriamente en este último tiempo tiene un aumento notorio.

Sucede que mis sentidos siempre están atentos a estos liliputienses mundos sociales—que para mi sensible visión— son interesantes, dinámicos (vivos) y protagonistas. Me siento privilegiado de poder tener una lupa para explorar aquellos ambientes, costumbres y personajes del submundo callejero. Con el pasar del tiempo, esta vigilia de campo, se ha convertido en una manía. Aclaro,

que no soy un fisgón. Mi propósito es explorar y descubrir: autenticidad, primicia, exclusividad, rareza que me sirva de insumo para alguna historia narrativa o poética. «*Un personaje debe tener su propia sombra*». Varios años pasaron para entender el sentido de esa frase.

3

*Como plagiador autodidacta de lo socio-ambiental, a veces, me siento como un testigo, en forma de tornillo o tuerca que sujeta el engranaje de esos pequeños sitios e instantes, insertados en el gigante y complejo mecanismo del mundo.*

En esta condición fui testigo del siguiente hecho: “Sin precisar lugar y año (el día, sí lo nombraré)... luego de haber recorrido una pequeña ciudad del gigante mundo. Decidí ir a su plaza. Era un pueblo equis... A la hora del medio día, me senté en una de sus bancas. Había varias personas en el lugar. Buscaba un bosquejo para un personaje para...., pero me llamó la atención, un niño que vendía flores, que estaba instalado cerca de la pérgola de la plaza. Tendría unos 12 años. Vestía una polera blanca y un short azul...me recordó a “*papelucho*”. Cuando me vio se acercó a mí— era el día 14 de febrero—, con voz aflautada, me dijo:

— *¡Cómprame una rosa para su esposa; o una magnolia para su novia! —  
¡Cómprame un clavel para que quede cómo un rey!* —Sonreí... Al tener mi block en mis piernas, comencé escribir algunas palabras...*en realidad plagiaba los versos del pequeño...detuve mi escritura...Volví a mirar al jovencito. Pude apreciar que, su rostro estaba pálido, sus labios resecos y agrietados, sus ojos eran pequeños, vivaces, pero mostraban una mirada lánguida. Su cabello castaño, con mechaz arremolinadas, con urgencia necesitaba la presencia de la peineta.*

Curiosidad...inquietudes...dudas...afloraron en mis pensamientos. — ¿Estaba con sus padres? ¿Debía comprar una flor?

Soy enemigo de comprar cosas que venden en la calle. Siento que existe una solapada publicidad, muy persuasiva, que convence con tanta facilidad a una enclenque sociedad al consumismo.

4

— Luego me pregunté: ¿Para qué iba a comprar una flor? ¿A quién se la regalaría? Estaba soltero y mis cercanos muy distantes. Lo que estaba claro en mi mente, era que debía ayudar al mocoso. *El qué, el cómo...eran mis disyuntivas...*

A la luz de que la razón y el corazón dilucidaran mis aprensiones; mi concentración fue despabilada cuando un caballero de edad, vestido de cotona blanca y sombrero negro, apareció en el otro extremo de la plaza. Era un vendedor de globos, los que sujetaba con un cordel con una mano, extendiéndose el cordel al manojito de las esferas coloridas que flotaban con gracia, soltura y suavidad en el aire.

Su voz ajada penetró mis tímpanos, cuando vociferó:

— *¡Cómprame un globo amarillo para su chiquillo!* — *¡Cómprame un globo volador!*  
*¡Por favor! ¡Mi señor!* Ipso facto los pelos de mi cuerpo se engrifaron, me sobrevino una sumergida reminiscencia de mi niñez, que despertaba del albergue cerebral. El recuerdo de mis padres fue una analepsis de nostalgia y satisfacción. Sentí una caricia aterciopelada, tan sutil, *como un pétalo renacido que lo desviste una rosa en la primavera.* Estaba conmovido. Son los pequeños detalles de la sencillez que me regocijaban. Me sentía contento, sensible y algo nostálgico el volver a recordar mi infancia. También me vino a la memoria que cuándo era un niño, no sabía

porqué los globos volaban. Ya convertido en adulto lo supe, pero fue decepcionaste, cuando me enteré que los llenaban con helio, un gas que más liviano que el aire. No me olvido que es un elemento químico gaseoso, símbolo He, número atómico 2. Igualmente, me costó entender como podían volar, sin ambos eran elementos tan livianos e invisibles que no tenían alas.

5

Volví al pequeño submundo con mis personajes que, eran tan parecidos, pero tan diferentes. Apareció en mi cerebro una dicotomía. De tener que seleccionar o elegir, entre una flor del niño; o un globo del anciano...Era una decisión compleja y disímil. Mi reflexión fue la siguiente: La flor al final morirá... El globo en algún momento se reventará...

¿Flores o globos?... Cada cual tiene un propósito. Uno es símbolo de amor, que nace de una antigua leyenda romántica. El otro, es un juego de entretenimiento, que nace por casualidad de un experimento en el siglo XVIII.

Luego de mis elucubraciones, suspiré... Estaba melancólico. Aquel estado de incertidumbre, duró algunos segundos...hasta que a mis oídos llegó al unísono el vociferar de ambos personajes:

— ¡¡Cómprame una rosa para su esposa!! — ¡¡Cómprame un globo amarillo para el chiquillo!!— Una polifonía de voces—niñez y vejez— disonante, que engendraron inquietud y saturaron mi paciencia.

No me había dado cuenta cuánto rato había estado sentado en aquella banca. De lo que estaba seguro, era que nadie había comprado nada a mis personajes. Sí, a mis personajes. Me preocupe.

Pero todo cambió, por una sencilla razón. De la nada, apareció uno de los globos flotando en el cielo. Quizás, el mismo anciano lo había dejado en libertad, o se había escapado. Sí, en el cielo estaba un globo recubierto con su membrana transparente color escarlata que dejaba traslucir la luz del sol. Posiblemente las nubes estuvieron celosas, al ver la bella burbuja ingrávida y delicada que en silencio levitaba con elegancia, suavidad en su mismo espacio.

El niño, también fue testigo de la peripecia del globo. Quizás, por segundos, volvió a ser un niño. Me di cuenta que miraba la esfera en cielo con admiración, sorpresa y alegría. ¿Sabría, por qué flotaba en el aire?...

Mucha gente se sumó a este sencillo, regalado y divertido espectáculo.

Ahora, estaba tranquilo. Ya había tomado una decisión.

Ese día cuando estuve seguro que el niño había vendido sus flores; y el anciano, sus globos, me retiré a mi hogar, llevando en mi mano derecha tres claveles y una rosa; mientras que en mi mano izquierda sostenía tres globos: uno blanco, uno rojo y uno amarillo.

*¡¡Quién me compra un clavel, o una rosa para su buenamoza!! ¡¡Quién me compra un globo amarillo para su chiquillo!!*